



- ◆ Trabajo realizado por el equipo de la Biblioteca Digital de la Fundación Universitaria San Pablo-CEU
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 del T.R.L.P.I. (Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 12 abril 1996)

## 6

# Fracaso de la relación

### AMENAZAS AL PACTO MATRIMONIAL

¿Por qué estallan amargas disputas entre personas que con toda probabilidad se quieren y tienen mutuo interés? Durante el noviazgo, un natural egocentrismo de los integrantes de la pareja se desvanece en la unión de sus intereses y aun de sus identidades. Los rayos penetrantes del amor que funden las diferencias de temperamento, intereses y metas ayudan a generar el altruismo y la empatía.

La pareja *quiere* complacer el uno al otro. Se sienten gratificados cuando se hacen mutuamente felices y se sienten tristes cuando su pareja también lo está. En su esfuerzo por complacer, tratan de considerar todo desde el punto de vista del compañero.

Para muchos, sin duda, parte del pago por esta abnegación y subordinación del propio interés es un alivio a la soledad. Para otros, los placeres consumados de la intimidad compartida son importantísimos. Es como si ningún precio pudiera ser demasiado para pagar por el sentido de pertinencia e intimidad.

Puesto que los propios intereses de la pareja están estrechamente ligados durante el período del noviazgo, experimentan poco sentido de sacrificio o egoísmo y las recompensas por satisfacer los deseos de la otra parte son múltiples. No sólo hay un apoyo directo proveniente de la satisfacción de complacer a la pareja, sino indirecto también, al imaginar su placer. Con este esfuerzo incesante, la motivación para dejar de lado el egocentrismo de uno es

fuerte. Una mujer enamorada es altruista porque quiere serlo, no porque ella “deba” serlo. Un hombre enamorado hace sacrificios por su amada porque le place hacerlo.

### *De la fusión a la desintegración*

¿Qué pasa entonces con el altruismo amoroso? Después del matrimonio, una diversidad de motivos puede causar su erosión. Fortalecidos por la seguridad del matrimonio, aquellos que se sentían solos mientras eran solteros, ya no viven más la relación como un antídoto para la soledad. La pareja puede descubrir que sus necesidades no están bien satisfechas; pueden decidir que están mejor servidos al satisfacer sus propios deseos, aun cuando estén en oposición a los de su pareja. Como la gratificación resultante del altruismo decae, la pareja comienza a conducirse más por los *debería* que por auténticos deseos de complacerse mutuamente. Una vez que la pareja se siente constreñida a dar prioridad a los deseos del uno y del otro, los compromisos o concesiones necesarios en toda relación estrecha les parecen pesados.

Es inevitable que surjan desacuerdos tan pronto como la pareja comienza a hacer valer sus propios deseos e intereses antagónicos. Cada cónyuge puede considerar los deseos del otro como señales de que resurge el egocentrismo. Los cónyuges podrán entonces considerar uno al otro (pero no a sí mismos) como egoísta, terco o mezquino.

Por supuesto, esta sucesión de hechos no ocurre en todos los matrimonios. En realidad, muchas parejas descubren que con el transcurso del tiempo su egocentrismo se reduce y en cambio se desarrolla la reciprocidad, la participación y el interés por la otra persona. Pero las parejas desavenidas que traté demostraron, en forma persistente, un cambio progresivo del altruismo al egocentrismo.

Un aspecto crucial de este tema en los matrimonios es una genuina diferencia en el modo en que los cónyuges perciben las mismas circunstancias. Cualquiera que sea el tema, la perspectiva se filtra a través de sus propios lentes con-

duciendo, con frecuencia, a puntos de vista dramáticamente opuestos. Ya que las personas tienden a considerar sus propias opiniones como expresión de la realidad, les parecerá irreal una interpretación diferente. Una esposa con una perspectiva divergente, puede parecerle al marido “terca” o “arbitraria”. Cuando las que difieren son las opiniones del marido, su esposa lo percibirá como “estúpido” o “pueril”.

En cuanto una esposa insiste en una opinión “equivocada” acerca de un tema importante, como la crianza de los hijos o las finanzas, esta acción constituye un desafío que puede suscitar conflictos sobre quién tiene razón y quién está equivocado, cuál será el concepto sobre la realidad que ha de prevalecer, quién es el que lleva la voz cantante en la pareja. Algunos responden a tal desafío haciendo callar al otro con un automático: “No sabes lo que estás diciendo” o “Estás lleno de manías”. Otros, sencillamente, se afirman en su posición y rehúsan escuchar. Como se demostrará en los capítulos 14 y 15, se pueden usar técnicas especiales para resolver estas diferencias en la percepción y restablecer de tal modo una vida en común activa.

### *Parcialidad egoísta*

Un problema más insidioso es la “parcialidad egoísta”. Sin darse cuenta de ello, las personas tienen tendencia a interpretar los acontecimientos de un modo que las sitúa del lado más favorable o que sirva a su propio interés.<sup>1</sup> Esta “parcialidad egoísta” ejerce una fuerte influencia sobre sus percepciones, haciéndoles creer que mejoran su apariencia a los ojos de los demás, así como ante su propia visión. De este modo, cuando la pareja discute sobre quién es el mejor

1. T. R. TYLER y V. DEVINITZ, “Self-Serving Bias in the Attribution of Responsibility: Cognitive vs. Motivational Explanations”, *Journal of Experimental Social Psychology* 17 (1981): 408-416.

cónyuge o padre, quién ha contribuido más al matrimonio o quién ha hecho mayores sacrificios, retratarán sus propios roles de tal modo como para acrecentar su autoestima y demostrar su superioridad moral.

La parcialidad egoísta ensancha la brecha en la comprensión entre los cónyuges. Es evidente que en este proceso puede haber una substancial decepción de sí mismo y nos exige un esfuerzo extraordinario para vernos a nosotros mismos — despojados de fingimiento— como nos ven los demás. Otro esfuerzo se requiere para reconocer cómo, en una situación dada, sin darnos cuenta seleccionamos y montamos los “hechos” para servir a nuestros propios intereses.

A medida que las diferencias de opiniones se profundizan, la imagen del cónyuge comienza a cambiar; él o ella puede tomar el aspecto de antagonista, lo que representa una seria amenaza. Luego, incluso un pequeño desacuerdo suele conducir con facilidad a una pelea. Los miembros de la pareja pueden menospreciarse mutuamente con pensamientos o aseveraciones como: “Me contradices sólo para humillarme”, “Qué sabes sobre eso” o “Eres sólo un estúpido rematado”. Fracasan en darse cuenta de que su propio punto de vista puede ser tan parcial como el de su cónyuge, y que aparentan ser igualmente torpes o egoístas. Esta combinación de egocentrismo e intolerancia conduce con facilidad a disputas que hieren y parecen no tener solución.

Dado que el vínculo matrimonial es un lazo tan emocional, es mucho más arduo para los cónyuges instrumentar las metas de su pacto, que hacerlo en otras relaciones de trabajo, como una sociedad comercial o una estrecha amistad. Al principio, los miembros de la pareja matrimonial se atraen mutuamente por cualidades como aspecto, personalidad, encanto, humor y empatía; no por su capacidad para funcionar bien en equipo. En tanto estas cualidades personales suelen cimentar un sólido vínculo emocional, poco tienen que ver con el modo en que una pareja toma decisiones y cuida de los detalles esenciales de la vida de casados. Aun el cónyuge más agradable puede resultar deficiente en las aptitudes neces-

rias para enfrentar las obligaciones del matrimonio. Aquellas aptitudes que resultan ser cruciales para mantener una sociedad eficaz —definir problemas, negociar, asignar responsabilidades— a menudo tienen poca importancia en la atracción inicial de la pareja.

Una falta de las aptitudes necesarias y adecuadas actitudes debilita el funcionamiento de la relación, que debe ser fuerte si los cónyuges van a llevar a cabo los objetivos prácticos del matrimonio (cumplir con las necesidades diarias de subsistencia, mantenimiento de la casa, manejo de las finanzas, crianza de los hijos), tanto como los objetivos emocionales (disfrutar del tiempo libre, sexo, compartir experiencias). Todos estos propósitos requieren espíritu de cooperación, una planificación y toma de decisiones conjuntas, una división racional de labores y una eficiente continuidad.

Cuando las parejas son inexpertas y tienen pocos antecedentes en técnicas sociales, es probable que surjan desacuerdos respecto a políticas a seguir y a su ejecución. Estos desacuerdos conducen a choques y a la hostilidad, cuando ocurren en un ambiente de egocentrismo, parcialidad egoísta y competencia.

### *Establecimiento de normas y juicio sobre el cónyuge*

Incluso cuando los integrantes de la pareja quieren trabajar juntos, son capaces de juzgar uno al otro con más dureza que a cualquier otra persona en otras relaciones laborales. La tendencia a imponer normas más estrictas al cónyuge parece irónica cuando consideramos que el matrimonio concede a las personas la libertad de soltarse y exponer sus puntos vulnerables. Estas expectativas estrictas están disimuladas en frases características como: “Deberías saber” o “Debería ser evidente”. Además, estas normas ocultas son particularmente importantes, como puede apreciarse en el siguiente diálogo entre Robert, que acaba de pintar algunas

sillas, y Shelly, su esposa, quien le ha pedido que complete la tarea. En lugar de limpiar los pinceles enseguida, él los dejó en remojo en aguarrás, lo que molestó a Shelly. Ella había pasado un largo día atendiendo a niños pequeños en un centro asistencial diurno y tendía a ser muy sensible a cualquier señal de Robert, quien ganaba mucho más dinero que ella como funcionario de un banco, a cargo de préstamos, y que en verdad no respetaba lo que ella hacía, sintiéndose demasiado superior como para ayudar en la casa.

SHELLY: No terminaste el trabajo.

ROBERT: Hice para ti un trabajo tan bueno como lo hubiera hecho para cualquier otro.

SHELLY: [enojada] Pero yo no soy "cualquier otro".

Si bien Shelly tal vez no se hubiera enojado con un pintor que dejase los pinceles en remojo, interpretó la falta de Robert de no limpiarlo todo, como prueba de que no colaboraba en la debida medida. No era la acción específica, sino su *significado simbólico*, lo que molestó a Shelly. A raíz de los significados simbólicos que se atribuyen a faltas comunes como ser impuntual, un cónyuge puede darle gran significación a la falta de puntualidad de los demás: "*Puede haberle ocurrido algo a ella*" o "*Si a él en verdad le importaran mis sentimientos, hubiera sido puntual*". Temores o dudas como éstas, por lo común, se ocultan tras reacciones exageradas ante acontecimientos menores.

El impacto de los significados simbólicos podría ser sobrentendido si examinamos las disposiciones no verbalizadas del pacto matrimonial no escrito. En él, como en muchos otros pactos implícitos, en el trabajo o en organizaciones, existe un acuerdo tácito acerca de la índole de los objetivos y de los métodos para lograrlos (por ejemplo, formulación de políticas y asignación de tareas). Fuera de tener reglas vagamente definidas y disposiciones para llevar a cabo mandatos

prácticos, el pacto matrimonial también contiene un conjunto de promesas y expectativas acerca del carácter de la relación (amor, atención, dedicación, lealtad, etcétera). Lo que complica el componente práctico del pacto es que el desempeño diario puede ser juzgado por su capacidad de satisfacer los valores y expectativas de las previsiones emocionales del pacto (“Tus intereses siempre estarán primero”), antes que por su capacidad para lograr resultados prácticos. Así, lo que puede ser considerado como un “descuido” de un pintor poco meticuloso, se convierte en una acusación de “deslealtad” o, posiblemente, “seria negligencia” del cónyuge.

Reitero, muchas parejas juzgan las acciones mutuas de acuerdo con los significados simbólicos y personales antes que por su importancia práctica. Así, oímos: “Todo el mundo tiene un trabajo que hacer, si mi marido no hace su trabajo en debida forma, es porque está tratando de salirse con la suya” o “Si mi esposa no hace su trabajo, eso demuestra que no se interesa en mí”.

A causa de los *significados personales* que les asignan a las acciones mutuas, muy a menudo los cónyuges son menos tolerantes con los errores del compañero, de lo que lo son con las equivocaciones de otras personas. En tanto aceptan faltas del personal de servicio o colaboradores, consideran lo que hace su cónyuge como un reflejo de la relación matrimonial.

Estos defectos en las normas matrimoniales causan una serie de evaluaciones: ¿Es ella abnegada en verdad? ¿Tiene él derecho de conducirse de ese modo? Si él se equivoca en su trabajo, es malo. Si ella no colabora en la debida medida, es mala. Por ejemplo, si un marido sorprende a su mujer pasando por alto detalles importantes, siente indignación moral. Si una esposa sospecha que su marido elude sus deberes, siente una justa cólera.

La mayoría de las parejas no tienen conciencia de que se están justipreciando uno al otro de acuerdo con normas morales.

Es curioso que en sus propias reacciones se filtren juicios como los que tuvieron sus padres; consideran “malo” a un cónyuge errado, lo mismo que les decían sus padres, y

responden de igual modo que lo hicieron sus progenitores: con castigo.

### *La intrusión de significados simbólicos*

Los significados simbólicos, el perfeccionismo y las evaluaciones morales componen en su mayoría las dificultades creadas por las comunicaciones pobres y las expectativas ocultas. El verdadero resultado es que los inconvenientes que la pareja podría resolver con facilidad en otro tipo de relaciones, en el matrimonio, están tan sobrecargados emocionalmente que el problema práctico no consigue solucionarse. Este terreno generador de conflictos conduce al enojo y a recriminaciones mutuas: "Ella no quiere escuchar mi opinión, sólo insiste en que lo haga a su manera. Si no lo hago, rezonga, rezonga, rezonga".

Los mecanismos diarios de vivir juntos asumen significados que van mucho más allá de las realidades superficiales. Una esposa evalúa las tareas domésticas que su marido hace en el hogar, por ejemplo, no sólo en términos de calidad, sino también en función de lo que eso revela, en su opinión, acerca de las actitudes y sentimientos hacia ella. Por ejemplo, en una consulta, Shelly dijo que estaba furiosa con Robert.

SHELLY: [sarcástica] Robert nunca atiende las cosas en debida forma. Algunos hombres estaban trabajando en el techo. Le pedí que viniera a casa para inspeccionarlo antes de que se fueran. No lo hizo. Siempre tiene tanta confianza en la gente.

ATB: ¿Qué pensó usted acerca de que no viniera a la casa a pesar de que se lo había pedido?

SHELLY: En verdad a él no le importa. Si yo le interesara, hubiera atendido estas cosas porque yo se lo pido.

ROBERT: Siempre me enloquece pidiéndome que haga cosas. Tengo que hacerlas a mi manera. Si ella tuviera confianza en mí, no me daría la lata todo el tiempo.

SHELLY: Si yo realmente te interesara, las harías porque yo las pido.

En realidad, Robert tenía confianza en los obreros pero, debido a una experiencia anterior, Shelly tenía sus razones para creer que éstos podían hacer un trabajo descuidado, a menos que se los controlara.

Es probable que ocurra un “choque de símbolos” cuando el mismo acontecimiento tiene significados diferentes y muy personales para cada uno de los integrantes de la pareja. Para Shelly, el hecho de que Robert acceda a sus deseos simboliza que él en verdad se interesa. Para Robert, que se lo reprenda acerca de los obreros simboliza que Shelly no le tiene confianza, por lo que debe intervenir en sus asuntos. Si Robert hubiera aceptado controlar el techo como ella le pidió, Shelly hubiera considerado esa aceptación como un símbolo positivo. Pero su respuesta le hizo sentirse desamparada y abandonada, y la posterior acusación: “rezonga, rezonga, rezonga” sólo exacerbó esos sentimientos. Para Robert, hacer cosas a su manera, sin interferencias, era un símbolo positivo; en cambio, verse obligado a obrar contra su buen juicio era negativo. Cuando Shelly “interfería”, él sentía no sólo la falta de confianza de ella sino el deseo de controlarlo.

Personas como Shelly y Robert ingresan en el matrimonio con creencias arraigadas acerca del significado de ciertas actitudes que puedan o no asumir los cónyuges. Esas creencias los conducen a atribuirles a dichas actitudes un significado exagerado. Cuando las actitudes o acciones de un cónyuge adquieren una importancia que hace reaccionar al otro de modo exagerado, ese acto es símbolo de algunos valores guardados en lo más profundo del cónyuge que reacciona. Cuando, como en el caso de Robert y Shelly, una acción tiene significados simbólicos opuestos para cada uno de ellos, entonces es probable que se produzca un choque. Cuando estas discordias ocurren con frecuencia, tanto el trabajo común, como la relación en general se debilitan.

En este tipo de conflicto, es posible alguna solución si los

miembros de la pareja pueden explicar objetivamente, en un momento en que ninguno esté enojado, cómo se sintió cada uno y cómo interpretó las acciones del otro. A medida que consideran la perspectiva de cada uno —a veces con considerable sorpresa—, el agravio simbólico y el rechazo se disipan y los dejan mejor preparados para acordar líneas de acción sobre cómo conducirse en ulteriores desacuerdos.

Después de haber podido percibir la controversia a través de los ojos de cada uno, Shelly y Robert pudieron llegar a un conjunto de principios operativos: Robert convino en explicar, antes de comenzar un proyecto, en qué consistía éste y a contestar cualquier pregunta que Shelly le formulara en su desarrollo; Shelly convino en preguntar e informar a Robert sobre cómo avanzaba el proyecto y en no indicarle lo que tenía que hacer. (Véanse capítulos 15 y 16 para mayor información acerca de cómo los miembros de la pareja pueden ocuparse juntos de solucionar conflictos.)

### *Diferentes expectativas acerca de los roles en la familia*

El ojo de la tormenta en muchas disputas matrimoniales se centraliza sobre las expectativas que los miembros de la pareja tienen acerca de los respectivos roles en la familia: qué significa ser una esposa o madre, marido o padre. A menudo la pareja tiene conceptos diferentes respecto del salario o gastos del ingreso familiar, función de los padres, actividades sociales y de esparcimiento y la distribución de las tareas en el hogar.

Las parejas inician el matrimonio con muchos proyectos preconcebidos sobre asuntos tanto prácticos como sentimentales. Esas expectativas tienen su origen en los comienzos de la vida, y están basadas en experiencias de la niñez. Un marido, por ejemplo, podrá formarse a semejanza de su propio padre y contar con que su esposa asuma el papel que tenía su madre. Por el contrario, si a él no le gustaba el comportamiento de sus padres, es posible que trate de actuar

de modo diferente al de su padre o esperará que su mujer sea diferente de su madre.

A menudo, al principio de la relación, las expectativas acerca de los aspectos prácticos están encubiertos por el aura del amor, sueños de felicidad permanente, emoción y romance. Como resultado, la pareja nunca se detiene a tratar asuntos prácticos hasta que éstos se convierten en problemas frustrantes. Con frecuencia, en este trance, afloran las verdaderas diferencias en sus expectativas.

## CAMPOS DE CONFLICTO

Existen muchos aspectos en los cuales una pareja, no importa lo abnegada y amante que sea, puede tener desacuerdos que amenacen la relación. En las páginas que siguen, he seleccionado algunos de los aspectos más comunes que requieren colaboración para planificar, fijar políticas, tomar decisiones y llevarlas a cabo. Quedará claro cómo la comunicación deficiente, las rígidas esperanzas y la intrusión de significados simbólicos, todo conspira para romper la alianza matrimonial.

Con el objeto de precisar los problemas específicos que puede usted sufrir en su relación, le resultará útil examinar la lista de confrontaciones "Problemas en la relación" en las páginas 155-158. Contiene varios ítems que le permitirán enfocar las dificultades concretas que pueden remediarse, antes de atascarse en vagas generalidades como "Simplemente no podemos congeniar", "Nunca tomamos decisiones juntos" o "Tenemos diferencias irreconciliables".

### *Calidad del tiempo en común*

Aunque las parejas a menudo se quejan de que no pasan suficiente tiempo juntos, muchas veces comprobé que los problemas residen más en *cómo* pasan ese tiempo. Si bien las discusiones acaloradas pueden ser perjudiciales a la relación,

lo que es aun más destructivo es que no pongan atención en complacerse el uno al otro en las comidas, fiestas o en el lecho.

Harriet y Len forman una pareja que nunca tuvo una discusión franca con respecto a qué esperaba cada uno del matrimonio; de esta manera, no podían ponerse de acuerdo sobre asuntos importantes como el tiempo que pasan juntos, el sexo o los acontecimientos sociales. Cuando se suscitaban conflictos, ambos reaccionaban poniendo todas sus energías al servicio de sus ocupaciones profesionales. Len era un cirujano ortopedista y Harriet, una diseñadora gráfica que también daba clases en una escuela superior de arte. En los primeros años del matrimonio, cuando estaban criando a su hija, parecían tener más cosas en común, pero después que ella inició sus estudios universitarios la relación comenzó a ir a la deriva. La consulta inicial conmigo se centró en este problema.

LEN: Harriet nunca toma en cuenta mis sentimientos. Da sus clases sobre arte por la tarde y nunca tiene la cena lista a la hora debida. Cuando hace planes sociales, nunca invita a mis amigos. Sólo invita a sus amistades, quienes, dicho sea de paso, son muy aburridas. Además, nunca quiere sexo.

Len tenía un cierto molde en el cual quería encuadrar a Harriet. Específicamente, él había prefijado que ella debería:

- servirle la cena a la hora debida;
- proporcionarle una vida social entretenida;
- estar dispuesta para el sexo todas las veces que él lo quisiera.

Ahora escuchemos la otra parte:

HARRIET: Len siempre quiere que las cosas se hagan a su manera. El sabe que la clase es muy importante para mí, de modo que podría esperar hasta que yo regrese a casa o invitarme a comer afuera los días que doy clases... Es muy rutinario respecto a la relación sexual... Piensa que con sólo chasquear los dedos yo debería estar dispuesta. Durante la cena anuncia: "Esta noche tendremos sexo" y se enfrasca nuevamente en el periódico. A mí me gustaría un poco de romance, velas, música, ese tipo de cosas... Yo *he invitado* gente a casa pero él es muy criticón. Está molesto porque son mis amigos. Pero él no tiene amigos. De modo que dejé de invitar gente.

Harriet creía que un marido debía:

- comunicarse con ella en vez de enterrar su cabeza en el *Wall Street Journal* todo el tiempo;
- alentarla e interesarse en sus clases;
- pensar en sus necesidades sociales, por ejemplo, llevarla a cenar la noche en que tenía clase.

Aunque Harriet y Len estaban considerando una separación, no habían pensado con exactitud cuáles eran sus disgustos; nunca expresaban con claridad sus esperanzas. Su presunta incompatibilidad matrimonial era en realidad una combinación de deseos mal expresados y una falta de continuidad en los que éstos se manifestaban mediante quejas.

Sus dificultades podrían haberse mitigado, por ejemplo, si Harriet hubiera podido controlar a Len en su costumbre de leer el periódico durante el desayuno en lugar de dialogar con ella. Además, si ella le hubiera hecho saber que prefiere un enfoque más romántico para hacer el amor, es posible que él la hubiera complacido. Y Len podría haber ayudado, si fuera más explícito con respecto a sus deseos acerca de la vida social, en lugar de limitarse a criticar.

Sus problemas eran tan antiguos, que requerían consejo profesional para solucionarlos. Con un poco de mi ayuda, todavía era posible que ellos pudieran considerar los problemas de cada uno desde la perspectiva del otro. Len convino en leer el periódico en el trabajo, en lugar de hacerlo durante las comidas, y ser más romántico. También se pusieron de acuerdo para cenar juntos en casa o en un restaurante. Colaboraron en preparar una lista de personas a quienes ambos querían agasajar. Aun cuando estos cambios no lograron una relación perfecta, la hicieron más satisfactoria.

### *División del trabajo*

Muchos matrimonios se ven atascados en conflictos acerca de quién debe atender cuáles obligaciones en la familia. Como los roles tradicionales se han vuelto confusos, hay menos precedentes para llegar a determinar los aspectos específicos de responsabilidad para cada cónyuge. Por tradición, el rol definido del marido era proveer el sustento de la familia, en tanto que la mujer atendía los quehaceres domésticos y el cuidado de los hijos. Cuando tanto el marido como la esposa trabajaban, ésta por lo general tenía doble trabajo, su empleo, más las tareas del hogar. La actual tendencia a compartir tanto los quehaceres domésticos como el sustento aportó mucho para forjar lazos más estrechos, pero también abrió nuevas posibilidades para los conflictos en campos en los cuales los roles son confusos.

A lo sumo, la división del trabajo es una fácil operación coordinada con el propósito de tener la tarea hecha. Pero las parejas que pierden de vista la perspectiva de los objetivos pueden malograrse al evaluar las contribuciones de cada uno. Lograr que el trabajo quede hecho se subordina a conceptos abstractos: equidad, igualdad, reciprocidad. Incluso cuando se logra el objetivo, los integrantes de la pareja pueden atascarse en mutuas recriminaciones en relación con sus contribuciones, cada uno en la creencia de que el otro violó el pacto matrimonial.

Una de las principales fuentes de esa fricción es el concepto de la equidad. Los cónyuges en un matrimonio en conflicto suelen, por ejemplo, declarar que hacen más de lo que les corresponde: discuten sobre quién debería hacer las compras o lavar los platos o acostar a los niños. Debajo de esta especie de disputa se oculta una mezcla de actitudes, intereses y temores que se filtran en el conflicto.

Marion, por ejemplo, había sufrido en silencio durante muchos años lo que ella percibía como dominación de David. En los primeros años, había tomado bajo su responsabilidad la crianza de los hijos y el gobierno de la casa, mientras que él había progresado en el ejercicio de su profesión como abogado hasta ascender al nivel de socio más antiguo en la empresa. El éxito de su marido intimidaba a Marion más de lo que la enorgullecía. Se sentía ineficaz, y pensaba que así también la consideraba David, en parte, tal vez, porque así era como se había sentido su madre en el matrimonio. Ella creía que en el rol que él mismo se había asignado, como "Señor feudal", tenía derecho a manejarla de un lado para otro y ella no tenía otra alternativa que someterse a sus deseos por temor a provocar su ira. Esto significaba tener siempre preparado para la cena lo que él quería comer, mantener en silencio a los niños cuando él estaba en la casa y planificar acontecimientos sociales con personas que eran del agrado de él. En el trasfondo existía un gran miedo: si ella disgustase a David, él la dejaría y ella tendría que trabajar para mantener a los hijos y a sí misma. Si bien este temor era descabellado, nunca pensó ponerlo en tela de juicio.

En la época en que el hijo menor ingresó en la escuela, Marion concretó una antigua ambición, volver a la facultad para obtener un título y después, un trabajo remunerado. Cuando empezó a ganar un salario, comenzó a considerar su relación con David desde una perspectiva diferente. Decidió que no le permitiría más que la tiranizara. El tendría que avenirse a cambiar su rol en la familia y compartir las tareas domésticas.

Como resultado, David aceptó el nuevo rol con algo de disensión. Marion sin embargo, no confiaba en su aparente

complacencia y constantemente estaba esperando pillarle en señales de desatención o engaño. Su anterior susceptibilidad a ser dominada por él, fue reemplazada por la susceptibilidad a ser “usada”; un miedo a que, de alguna manera, una vez más se aprovechara de ella en forma injusta.

Su extremada vigilancia previendo el “engaño” de David, desembocó en un acceso de ira. Al día siguiente de haber dado una gran fiesta, Marion pidió a David que, mientras ella estaba fuera, sacara los muebles y limpiara la sala y el comedor; David estuvo de acuerdo. Cuando Marion regresó, descubrió que David había reclutado a dos de sus hijos para que lo ayudaran a hacer el trabajo y eso la enfureció. El convenio, como lo había interpretado ella, era que *él* hiciera el trabajo y no que lo compartiera. Después, ella descubrió que si bien habían limpiado —superficialmente— estas habitaciones y puesto en orden los muebles, no habían pasado la aspiradora al piso ni sacudido el polvo de los muebles. Marion se enojó; para ella esta “negligencia” simbolizaba que David “trataba de salirse con la suya”. Luego se enzarzaron en una acalorada discusión sobre si su criterio de limpiar la casa daba lugar al reclutamiento de los niños y si incluía pasarle la aspiradora al piso y sacudir el polvo de los muebles.

Aunque frases tales como *limpiar completamente* están a menudo poco definidas, el verdadero problema en este caso era el viejo resentimiento de Marion por la falta de equidad durante sus primeros años de matrimonio y su resolución de que “nunca más se aprovecharan de ella”. La intrusión de estos pasados males y presentes sensibilidades —y no la cuestión de asignar quehaceres— socavó la colaboración en el trabajo. Ella la percibía no como un esfuerzo conjunto, sino como una lucha para impedir que David tuviese mano izquierda y eludiera sus responsabilidades.

En casos como éste, para manejar el problema de la distribución de los quehaceres domésticos se pueden aplicar una serie de soluciones prácticas. El asesoramiento capacitó a Marion para disminuir su insistencia obsesiva en el sólo propósito de la equidad e igualdad y adoptar una actitud más flexible hacia la sociedad, apartarse de pensar en términos de

“me” para pensar en términos de “nos”. Marion tuvo que reconsiderar su perspectiva sobre David, para concebirlo como era *ahora*, no como había sido durante los primeros años. Al mismo tiempo, David tenía que demostrar su esfuerzo de buena fe para realizar sus quehaceres y eludir una salida fácil.

### *Crianza de los hijos*

Muchas de las actitudes que orientan a las personas en la crianza de los hijos fueron adquiridas mucho tiempo antes por el modo en que ellas mismas fueron tratadas como hijos. Algunas personas siguen los ejemplos de sus padres, mientras otras repudian las prácticas de los suyos. En cualquiera de las dos maneras, están bajo la influencia positiva o negativa de su propia crianza.

Aun cuando Mary y Frank trabajaban muy bien juntos atendiendo la farmacia del vecindario que él había heredado de sus padres, tenían un serio conflicto en cuanto a la disciplina de su hijo adolescente Stan. Mary consideraba a Stan perezoso, inmoderado e irresponsable. Pensaba que los amigos de su hijo ejercían una mala influencia sobre él y no aprobaba su manera de vestir y la indiferente actitud que adoptaban hacia el colegio. Creía que Stan debía esforzarse más en la escuela, ya que tenía una “capacidad tan grande”. Stan no hacía caso a las lisonjas y exigencias de su madre de que trabajara más y buscara otras amistades. Tenían frecuentes disputas.

Frank percibía a Stan de un modo distinto. Admiraba el modo despreocupado e indolente de Stan, su actitud alegre y su simpatía. Frank consideraba a los amigos de Stan como amantes de la diversión, que adoptaban la actitud de “ya que eres joven sólo una vez, debes disfrutarlo”.

En contraste con Mary, que insistía en más disciplina, Frank abogaba por una política de no intervención. Su mayor preocupación consistía en que Stan era tímido en situaciones

sociales e inhibido en presencia de adultos, en especial profesores.

Los padres de Stan no sólo no estaban de acuerdo en los métodos de imponerle disciplina, sino que percibían de modo diferente lo que él hacía. Estos puntos de vista divergentes acerca de la conducta de los hijos a menudo les crean conflictos a ellos mismos. Mary culpaba a Frank de ignorar las dificultades del hijo y lo acusaba de ser un padre despreocupado. Frank pensaba que Mary pasaba por alto muchas buenas cualidades de Stan y que era demasiado autoritaria. Los padres habían llegado a un callejón sin salida y, en consecuencia, las percepciones de cada uno de ellos se hicieron cada vez más negativas. Mary consideraba a Frank negligente e irresponsable; Frank veía a Mary como una "mujer ogro".

Para comprender el conflicto entre Mary y Frank, tenemos que examinar con más detalle sus preocupaciones. Para Mary, lo esencial del problema era un *miedo encubierto*, es decir, que su hijo pudiera enredarse en serios problemas. Aunque no tenía plena conciencia del miedo, se sentía impulsada a tratarlo de tal modo, para evitar el peligro que ella temía. Cuando Stan no respondía a ese trato, su madre comenzaba a considerarlo de un modo aún más negativo, no sólo como débil y pasota, sino también como terco y rebelde. A consecuencia de su frustración, Mary se encolerizó y se hizo aun más estricta con Stan. Sus esfuerzos para obtener cooperación fueron contraproducentes, y condujeron a una obstinada oposición de Stan.

Los padres mejor intencionados pueden sabotear sus propios esfuerzos al tratar de corregir ciertos problemas de sus hijos con demasiada severidad. Podemos apreciar esa cadena con Mary y Stan: desde el miedo encubierto a una excesiva disciplina, de la frustración a la cólera. Pero, ante todo, ¿cómo podemos explicar el miedo?

Para entender las reacciones de Mary necesitamos escudriñar en su propia historia. Los padres de Mary eran flemáticos y le permitieron desatender sus estudios. No le fue demasiado bien en el nivel secundario como para seguir estudios universitarios. Mary a menudo pensaba que, si sus

padres la hubiesen presionado algo más, le habría ido mejor en el colegio. Sin embargo, el hecho más significativo era que su hermano menor había tenido una serie de contratiempos con la ley durante su adolescencia, primero al ser multado por infracciones de tránsito y luego al ser arrestado por la posesión de una gran cantidad de marihuana. Ella culpaba a sus padres por los inconvenientes de su hermano y los atribuía a la indiferencia en su educación. Aunque finalmente el hermano de Mary se rehabilitó, cada vez que lo visitaba resurgía el recuerdo de este secreto de familia. En esas ocasiones, temía que Stan pudiera caer en el mismo esquema y renovaba su resolución de apretarle los tornillos.

Frank provenía de una familia con una formación diferente. Sus padres ejercieron sobre él una disciplina rigurosa y él creía que su severa educación había fomentado sus inhibiciones y ansiedad en presencia de la autoridad. Frank resolvió a temprana edad que si tenía un hijo, lo trataría de modo diferente; deseaba que fuera libre y desinhibido y decidió que esto se lograría mejor “dándole tanta libertad como fuera posible”. La mayor preocupación de Frank era que la opresión ejercida por Mary podría formar al hijo en el mismo molde que lo había formado a él.

Podemos apreciar en ambos padres una progresión que va desde el miedo (que se origina en las experiencias de niñez) hasta las medidas adoptadas para reducirlo y, por último, a la ira producida por la frustración. Los puntos de vista sobre Stan, por parte de los padres, estaban influidos por temores personales: los de Mary, de que el hijo fuera débil y rebelde; los de Frank, de que fuera débil e inhibido. Las teorías sobre la crianza de los hijos, autoritarias *versus* «laissez-faire», se originaron en esos temores. Sus conflictivas opiniones sobre el hijo enfadaron a cada uno y los condujeron a considerarse mutuamente de un modo negativo, lo que además intensificó el conflicto respecto de Stan.

Un factor común en la angustia de los padres es la duda encubierta. Una madre, por ejemplo, duda de que sea una buena madre. Su duda acerca de sí misma la conduce a la idea de que es un fracaso como madre. En tal caso, cuando su hi-

jo/a se porta mal, la madre reacciona de modo exagerado, con excesiva ira.

Oculto entre el mal comportamiento de la criatura y la exagerada reacción de la madre, hay otro "hecho", o sea, el pensamiento automático "*Su mal comportamiento es mi culpa. Le he fallado*". Estas dudas sobre sí misma la impulsan a *demostrarse* que es una buena madre. Impone normas a la criatura para promover la "buena" imagen y evitar la mala.

Cuando su hijo/a no vive de conformidad con las reglas, de nuevo se ve amenazada por dudas sobre sí misma y se desquita con el hijo como medio para forzarlo a que sea bueno. Si, en ese momento, su esposo la increpa por ser demasiado dura, de nuevo aflora el temor de ser una mala madre, que puede intentar disipar atacando a su marido.

Puesto que el mutuo antagonismo con frecuencia surge por temor a malcriar o descuidar al hijo/a, hacerle un daño irreparable, o por tener dudas sobre la capacidad de uno mismo como progenitor, es importante para los padres afligidos buscar, tras la ira, la presencia de esos temores o dudas. La simple exposición de los miedos, puede aflojar la tensión; además, una discusión sobre el tema con el cónyuge puede ayudar a evaluar si existe alguna base para ello. Si la hay, la ayuda del cónyuge puede conducir a una acción constructiva conjunta.

### *Relación sexual*

Aunque algunas veces se hace alarde de la unión sexual como la cima de la sociedad conyugal, a menudo se deshace en un mar de lágrimas o se quiebra en un acceso de ira. En ningún otro aspecto de una relación íntima son más activos los significados simbólicos y contribuyen a la ansiedad, la desilusión y el enojo. Una esposa, por ejemplo, puede sentirse contrariada por no satisfacer a su marido. Puede preocuparse por no complacerlo al no querer tener relaciones con tanta frecuencia como él desea, y puede tener la creencia (algunas veces reforzada por el marido) de que es sexualmente

inadecuada. Un marido, a su vez, puede preocuparse porque su capacidad sexual está disminuida y porque su mujer menoscaba su virilidad. Esta preocupación sobre su habilidad en este terreno puede conducir a una disfunción sexual.

Los problemas característicos se centran sobre la frecuencia, oportunidad y calidad sexual. Cada uno de éstos contiene —y a su vez está afectado por— significados simbólicos. Maridos y esposas a menudo difieren respecto de la frecuencia y del momento en que se han de tener relaciones sexuales. La frecuencia y el momento adecuado pueden tener fuerte significado simbólico. “Tener relación sexual cuando lo quiero” puede significar, para el marido, ser amado, mientras que para la esposa, “brindarle sexo cuando él lo quiere” puede significar estar dominada o ser usada por él. Insistir en la relación sexual con más frecuencia de lo que el otro cónyuge desea puede sugerir las mismas expectativas exigentes y la expresión de derecho que ya discutimos con anterioridad acerca de las interacciones diarias. Un cónyuge (Len, por ejemplo) creará que tiene derecho a tener relación sexual cuando lo pida, en tanto su mujer (Harriet) quizás espere manifestaciones preliminares de afecto y ternura.

A menudo, el sexo implica orgullo. El concepto de una esposa sobre su femineidad y la opinión de un marido sobre su masculinidad muchas veces dependen de lo receptivo que sea el cónyuge. Una esposa, casi siempre, se sentía abrumada cada vez que su marido rechazaba sus insinuaciones. Siempre se había enorgullecido de ser sexualmente atractiva para los hombres, y la aparente indiferencia de su marido era considerada como un agravio. Un marido se sentía exasperado por la falta de entusiasmo de su mujer por el sexo y la insensibilidad demostrada por ella durante el acto sexual. Para él, ese comportamiento le sugería que “no era un hombre”.

El exceso de significados perjudica la situación de ambos. La sensación de intimidad, una aceptación total y el placer recíproco pueden servir para conectar a una pareja; la disminución del sentimiento amoroso, de la intimidad y de la aceptación pueden debilitar la pasión. Si el deseo sexual —

y, por consiguiente, la actividad sexual— decae, el mensaje simbólico se interpretará como una pérdida de intimidad y amor. Esto establece un círculo vicioso: una pérdida de sentimientos recíprocos conduce a una disminución de la atracción sexual y de la satisfacción, lo que además socava la reciprocidad.

El capítulo 18 trata el problema sobre qué hacer respecto a las desavenencias sexuales. Por ahora, sin embargo, los cónyuges pueden comenzar a pensar acerca de los exagerados epítetos que aplican —tales como “obsesivo sexual”, “frígida”, “desconsiderado”, “indiferente”— cuando la frecuencia, el tiempo o la calidad del sexo resulta decepcionante. Cuando las cosas se calmen, pueden evaluar la validez de esos epítetos y de pensamientos como “Ella usa el sexo como un arma” o “Eso es lo único que le interesa”.

### *Problemas de presupuesto*

El presupuesto de la familia es un aspecto en el cual, a raíz del interés común que representa la estabilidad financiera, se esperaría la cooperación de la pareja. Uno puede imaginar que confeccionar el presupuesto podría ayudar a unir a la pareja, dada la necesidad de trabajar juntos, mancomunar los recursos para las necesidades básicas de la vida y gozar de los frutos de sus trabajos. Pero aquí, también, lo que puede unir a una pareja en una tarea conjunta a menudo sirve para separarla.

Cuando observamos la forma en que las parejas gastan su dinero, demasiado a menudo percibimos cómo ponen de manifiesto su derecho, la preocupación por la equidad, el control y la competencia y otros tipos de significados simbólicos que subvierten las actividades conjuntas. ¡Cuántas parejas han pasado tediosas horas preparando un presupuesto detallado sólo para descubrir que uno de los cónyuges gastó todo en una parranda! Se comprende que el otro cónyuge reaccione consternado e indignado. Este hecho común desintegrador sucede cuando un cónyuge, por lo

general el principal productor de ingresos, trata de controlar al otro por medio del racionamiento de la asignación; el otro cónyuge se rebela contra el control, gastando en exceso.

Otro tipo de problema surge cuando ninguno de los cónyuges tiene capacidad para los negocios. Administrar las finanzas de la familia es como manejar un pequeño negocio, y los socios necesitan trabajar juntos para hacer proyectos con su ingreso disponible. Necesitan clasificar los gastos para los artículos de primera necesidad y convenir qué extras se pueden dedicar a agasajos, recreación, vacaciones, así como para ahorros.

Por desgracia, el gasto extra entra en un juego de toma y daca que socava el presupuesto. Harriet se anota en una serie de clases carísimas sobre arte, entonces Ken se desquita encargando un cajón de Scotch añejo de diez años.

Los cónyuges deben admitir cómo utilizan los presupuestos y el dinero para limitarse mutuamente, desafiarse y castigarse uno al otro. Resolver los significados tras estas luchas de poder económico—crimen y castigo—entraña la aplicación de una serie de técnicas, que se considerarán en capítulos posteriores.

### *Problemas con parientes políticos*

El total interés emocional de un cónyuge en su familia de origen puede causar tirantez en la relación matrimonial, y el otro cónyuge puede ofenderse por la atención que se presta a los padres o hermanos del otro miembro de la pareja. Este problema era motivo de exacerbación para una pareja que me consultó, porque la familia del esposo vivía a sólo unos pocos kilómetros, en tanto que los padres de la mujer pasaban casi todo el año en su propiedad de Florida. Helene describió la situación del siguiente modo:

El parecía creer que el mundo giraba alrededor de su familia. Insistía en ir a la casa de sus padres todos los

domingos. Nunca me preguntaba si yo quería ir. *Daba por sentado* que yo iría. Una vez allí, me ignoraba por completo, como si yo fuera una pieza del mobiliario. Si yo decía algo, me atravesaba con una mirada fija y penetrante como si no estuviera allí. Si decía que no quería ir, se ponía furioso.

Al escuchar los relatos de Helene y de su marido Herbert, me pregunté si estaban refiriéndose a las mismas circunstancias. Herbert dio una versión totalmente diferente de la controversia.

Helene nunca quería visitar a mis padres. Ella se sentía agraviada por mi madre y yo siempre tenía que persuadirla para visitarlos. Cuando iba, solía hacer observaciones mordaces. Así es que aprendí a ignorarlas. Siempre puse a Helene en primer término. Sólo quería ver a mis padres de cuando en cuando.

Cada cónyuge adolecía de una visión unidireccional. Ninguno de los dos consideraba la situación desde la perspectiva del otro. En función de la toma de decisiones, Herbert se equivocaba al tomar la resolución unilateral de visitar a sus padres. Pero Helene no tenía razón en suponer que la insistencia de él en ver a sus padres significaba que ella era menos importante que los progenitores de Herbert. Cuando él se dio cuenta de que el fundamento de la resistencia de Helene no era "emperramiento", se sintió complacido.

Por supuesto, los mismos padres pueden causar y causan problemas a sus hijos casados. A ellos también puede tocarles ser víctimas del mismo sentimiento de injusticia, de generalización y de pensamiento simbólico, tal como les ocurre a sus hijos casados. Por ejemplo, a la madre de Cal le gustaba visitar a Gail y a él periódicamente, pero por lo común solía llegar cuando ambos estaban en el trabajo. Para la madre de Cal era de gran importancia simbólica que uno de ellos estuviera en la casa para abrirle la puerta y acogerla. Desde

un punto de vista práctico, sin embargo, hubiera sido fácil para ella entrar sola en la casa. Pero dado el significado simbólico, interpretaba que eso era señal de que “nadie se preocupa por mí”, queja que hacía sentir a Cal y a Gail una mezcla de culpa y enojo.

Así, vemos el poder oculto de los símbolos: cuando alguien saca precipitadamente una conclusión personalizada, generalizada en exceso, es una señal de que se violó una expectativa simbólica de profundo valor.

El problema con la madre de Cal, por supuesto, producía un choque entre éste y Gail: ¿Quién debería ir a casa para dejar entrar a la madre de Cal? El insistía en que debía ser Gail, ya que su horario era más flexible que el suyo. Gail opinaba que debía ser Cal porque se trataba de su madre.

Desde sus personales puntos de referencia, ambos tenían razón; sin embargo, como pareja, no hubiera sido constructivo tomar posiciones basándose sólo en sus propios puntos de vista. Para actuar como equipo, ambos tenían que incorporar la opinión del otro dentro de su propia perspectiva. Por consiguiente, la decisión final puede resultar de una perspectiva conjunta, en la cual ellos consideren las ventajas de una acción en particular, ya que afecta más al *equipo* que a lo individual. Como verdadera agente de bienes raíces que era, Gail podía encontrar fácilmente tiempo para llegarse a la casa por unos minutos, en tanto que el trabajo de Cal, como químico en un gran laboratorio de productos medicinales, le dejaba muy poco tiempo libre. Ya era más fácil para Gail ausentarse del trabajo, una solución en este caso, sería que ella fuera a la casa. A veces le hubiera venido bien a Cal ser el incomodado.

El sacrificio y la inconveniencia resultantes son con mucho preferibles al trastorno y daño que se causa a la relación cuando la pareja deja que problemas como éstos se conviertan en fuente de fricción.

La siguiente lista de confrontaciones detalla algunos de los aspectos en los cuales es importante la coordinación entre los cónyuges. Si tiene problemas en algunas de ellas, la lista le ayudará a ser más específico para determinar puntos de

fricción y debilidades. De esta manera, *podrá transformar las quejas generales en problemas específicos, solubles*. También puede usar la lista de confrontaciones como una tarjeta de puntuación para documentar las mejoras en su relación.

*Problemas en la relación*

En la columna de la izquierda, califique los siguientes puntos de acuerdo con su frecuencia:

- (0) *no ocurre*                      (1) *raramente*                      (2) *algunas veces*
- (3) *con frecuencia*              (4) *siempre*

En la columna de la derecha, controle si considera ese punto un problema.

*Toma de decisiones*

Cuando tenemos que discutir un problema o tomar una decisión:

	<i>Esto es un problema</i>
_____ 1) No estamos de acuerdo.	_____
_____ 2) Mi pareja se enoja.	_____
_____ 3) Yo me enojo	_____
_____ 4) Yo cedo.	_____
_____ 5) Mi cónyuge cede.	_____
_____ 6) No transigimos.	_____
_____ 7) Yo tomo las decisiones.	_____

- \_\_\_\_\_ 8) Mi cónyuge toma las decisiones. \_\_\_\_\_
- \_\_\_\_\_ 9) Evitamos tomar decisiones. \_\_\_\_\_
- \_\_\_\_\_ 10) Me siento ofendido. \_\_\_\_\_
- \_\_\_\_\_ 11) Mi cónyuge se siente ofendido. \_\_\_\_\_
- \_\_\_\_\_ 12) Discutimos sobre cosas triviales. \_\_\_\_\_

*Finanzas*

*Esto es un problema*

- \_\_\_\_\_ 1) Mi cónyuge gasta en exceso. \_\_\_\_\_
- \_\_\_\_\_ 2) Mi cónyuge no quiere gastar. \_\_\_\_\_
- \_\_\_\_\_ 3) Mi cónyuge regatea mis gastos. \_\_\_\_\_
- \_\_\_\_\_ 4) No tenemos plan alguno acerca de los gastos mensuales. \_\_\_\_\_
- \_\_\_\_\_ 5) No tenemos acuerdo acerca de ahorros. \_\_\_\_\_
- \_\_\_\_\_ 6) No entendemos en qué se va el dinero. \_\_\_\_\_
- \_\_\_\_\_ 7) Mi cónyuge encubre las deudas o en qué se gasta el dinero. \_\_\_\_\_
- \_\_\_\_\_ 8) No tenemos acuerdo acerca de fijar prioridades. \_\_\_\_\_
- \_\_\_\_\_ 9) No tenemos responsabilidad para los gastos. \_\_\_\_\_

*Relaciones sexuales*

*Esto es un problema*

- \_\_\_\_\_ 1) Mi cónyuge tiene más interés en el sexo que yo. \_\_\_\_\_

- \_\_\_\_\_ 2) Mi cónyuge tiene menos interés en el sexo que yo. \_\_\_\_\_
- \_\_\_\_\_ 3) Me resulta difícil hablar con mi cónyuge sobre sexo. \_\_\_\_\_
- \_\_\_\_\_ 4) Nuestra relación sexual no es satisfactoria. \_\_\_\_\_
- \_\_\_\_\_ 5) Soy renuente a portarme afectuosamente porque mi cónyuge se pone demasiado amoroso. \_\_\_\_\_
- \_\_\_\_\_ 6) Diferimos acerca de la clase de sexo que cada uno prefiere. \_\_\_\_\_
- \_\_\_\_\_ 7) Mi cónyuge hace uso del sexo para controlarme o castigarme. \_\_\_\_\_
- \_\_\_\_\_ 8) Mi cónyuge se interesa demasiado en el sexo. \_\_\_\_\_
- \_\_\_\_\_ 9) Mi cónyuge no es sensible a mis deseos sexuales. \_\_\_\_\_
- \_\_\_\_\_ 10) No estamos de acuerdo sobre el control de natalidad. \_\_\_\_\_

*Recreación y actividades en horas libres*      *Esto es un problema*

- \_\_\_\_\_ 1) No pasamos tanto tiempo libre juntos como quisiéramos. \_\_\_\_\_
- \_\_\_\_\_ 2) Mi pareja emplea demasiado tiempo en su propia actividad de horas libres. \_\_\_\_\_
- \_\_\_\_\_ 3) Mi pareja no tiene tiempo o energía para actividades en horas libres. \_\_\_\_\_
- \_\_\_\_\_ 4) Mi pareja no puede disfrutar conmigo de la diversión. \_\_\_\_\_

- \_\_\_\_\_ 5) Me siento forzado a hacer cosas que  
preferiría no hacer. \_\_\_\_\_
- \_\_\_\_\_ 6) No nos gustan las mismas actividades. \_\_\_\_\_
- \_\_\_\_\_ 7) Mi pareja no tiene suficientes 'hobbies' o  
intereses recreativos. \_\_\_\_\_
- \_\_\_\_\_ 8) No hay equilibrio entre el tiempo recrea-  
tivo que pasamos juntos o separados. \_\_\_\_\_
- \_\_\_\_\_ 9) Mi pareja no tiene equilibrio entre tra-  
bajo y recreación. \_\_\_\_\_
- \_\_\_\_\_ 10) Tenemos diferentes ideas acerca de lo que  
constituye diversión. \_\_\_\_\_